

MARCO AURELIO

MEDITACIONES

INTRODUCCIÓN CLÁSICA. 1982

MEDITACIONES

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 5

MARCO AURELIO

MEDITACIONES

INTRODUCCIÓN DE
CARLOS GARCÍA GUAL

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
RAMÓN BACH PELLICER



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por CARLOS GARCÍA GUAL.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1977.
www.editorialgredos.com

PRIMERA EDICIÓN, 1977.

5.^a REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 8138-2005.

ISBN 84-249-3497-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2005.

Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

I

Marco Aurelio nació en Roma el 26 de abril del año 121. Murió en Vindobona (Viena) el 17 de marzo del 180. Entre esas dos fechas, interdistantes casi sesenta años, y esos dos escenarios geográficos —una acomodada mansión patricia en la metrópolis imperial y, al otro lado, un campamento militar en la turbulenta frontera danubiana—, está enmarcada la vida de este extraño personaje, filósofo y emperador. Estuvo al frente del Imperio Romano veinte años y fue un gran gobernante, el último emperador de lo que historiadores próximos consideraron como la Edad de Oro del Imperio.

Sus apuntes personales, las *Meditaciones*, están escritos a lo largo de sus últimos años de vida. Estas notas filosóficas adquieren su dimensión dramática definitiva referidas a su trasfondo biográfico. La coherencia entre su conducta y sus reflexiones confirma la magnanimidad personal de Marco Aurelio, que fue, según Herodiano (I 2, 4), «el único de los emperadores que dio fe de su filosofía no con palabras ni

con afirmaciones teóricas de sus creencias, sino con su carácter digno y su virtuosa conducta».

El papel histórico del rey filósofo o, más sencillamente, del filósofo con actuación política, es arriesgado por la tensión perenne entre las urgencias de la *praxis* concreta y la abstracta ética filosófica. En el mundo romano podemos encontrar dos figuras políticas interesantes desde esta perspectiva: la del estoico Séneca, ambiguo y retórico, y la de este estoico emperador, cuyo rasgo distintivo es, como A. Puech afirmaba, la sinceridad. Todo eso justifica que, según el uso tradicional, anotemos los datos más notables de su biografía, precediendo al estudio de sus escritos.

Las *Meditaciones* comienzan con una evocación escueta de cuatro figuras familiares: la de su abuelo paterno, su padre, su madre y su bisabuelo materno. Son las personas que influyeron en la niñez y adolescencia del futuro emperador, y las primeras con quien él quiere cumplir una deuda de gratitud al recordarlas.

La más lejana de ellas es la de su padre, que murió cuando él tenía unos diez años. Por eso alude a «la fama y la memoria dejadas por mi progenitor». Y menciona de él «el sentido de la discreción y la hombría» (I 2).

Su abuelo, M. Anio Vero, que seguramente trató de suplir con sus atenciones tal ausencia, era un personaje importante en la política de la época. Fue prefecto de Roma (del 121 al 126) y cónsul en tres ocasiones. De él destaca Marco Aurelio «el buen carácter y la serenidad», rasgos amables en un político y en un abuelo.

Marco Aurelio traza (I 3) un emotivo recuerdo de su madre, piadosa, generosa y sencilla en sus hábitos cotidia-

nos, una gran señora romana, dedicada en su viudedad a la educación de sus hijos. Aunque nos dice de ella que murió joven (I 17), Domicia Lucila debía de tener unos cincuenta años cuando murió, entre los años 151 y 161. En la correspondencia de Frontón, éste alude varias veces a la madre de Marco Aurelio como dama de gran cultura, en su casa palaciega en el monte Celio. Allí recibió como huésped al famoso orador y benefactor de Atenas, Herodes Ático, en una de sus visitas a Roma (en el 143).

Su bisabuelo materno, L. Catilio Severo, ocupó también altos puestos en la administración: gobernador de Siria, procónsul de Asia, dos veces cónsul y luego prefecto de Roma (cargo del que le depuso Adriano en el 138, tal vez para que no hiciera sombra a Antonino, designado como próximo emperador). L. Catilio Severo era un hombre de gran cultura, relacionado con el círculo de Plinio, quien lo menciona elogiosamente en varias de sus cartas. A él le agradece Marco Aurelio el no haber frecuentado las escuelas públicas y haber gozado de los mejores maestros en su propio domicilio, sin reparar en gastos para la educación (cf. I 4).

En su formación, Marco Aurelio podía distinguir tres influencias graduales: la amable atención de su abuelo Vero en su niñez; la constante preocupación de su madre y, tras ella, de su bisabuelo L. Catilio Severo, por su educación intelectual; y luego, la de la presencia ejemplar de su padre adoptivo, T. Aurelio Antonino. Marco Aurelio expresa su admiración sin reservas por su antecesor en el trono, Antonino Pío, al dedicarle el capítulo más largo y detallado de sus recuerdos (I 16; cf. otra evocación más breve en VI 30). Antonino, casado con Ania Faustina, hermana única del padre de Marco Aurelio, fue, por tanto, tío político, padre

adoptivo (desde 138) y suegro (desde 145) de su sucesor, y antes, colaborador asiduo en el trono imperial. Más tarde volveremos a tratar de él.

Si nos demoramos un momento en el ambiente familiar de Marco Aurelio, en el que transcurrió su niñez y juventud, podemos destacar el aire señorial, con el mejor tono patricio, de que se vio rodeado. La familia de los Veros, de origen hispánico (su bisabuelo Anio Vero había venido a Roma como pretor desde la Bética en tiempos de Vespasiano), se había ennoblecido pronto y firmemente establecido en altos cargos de la administración. El emperador Adriano honraba a este abuelo Vero con una amistosa confianza, y a través de esa amistad llegó a apreciar a su nieto, al que designó como su mediató sucesor en la adolescencia de Marco. La madre, culta y piadosa, era una gran dama, heredera de una notable fortuna (que Marco Aurelio cederá como dote a su hermana Ania Cornificia, con total desprendimiento), con una hermosa villa en el Monte Celio, donde transcurren los años primeros de ese muchacho meditativo y ascético, que a los diecisiete años es designado futuro emperador. Su biógrafo Capitolino nos cuenta que, al tener que trasladarse por tal motivo al Palacio de Tiberio, en el Palatino, adoptado por la familia de T. Aurelio Antonino, dejará esos jardines con gran pesar. La anécdota es de dudosa autenticidad, pero significativa. Y es curioso que en su libro de recuerdos agradecidos, Marco Aurelio no aluda siquiera de paso al emperador Adriano, que, en un gesto de simpatía, le legó la corona imperial. (En latente contraste, cuando ensalza la sencillez de Antonino, pueden leerse, entre líneas, censuras a la conducta de Adriano.)

La muerte temprana de su padre es probable que impresionara a este muchacho sensible y reflexivo. Es la primera

en la numerosa serie de muertes familiares que Marco Aurelio ha de vivir, en el sentido de que sólo se viven las muertes de los demás. Será una experiencia muy repetida luego: su padre, su abuelo, Adriano, Antonino, su madre, su hermano adoptivo L. Vero, su esposa, más de la mitad de sus hijos, irán muriéndose cerca de él a lo largo de los años. Esta vivencia de las muertes familiares, más que las muertes broncas y amontonadas de las guerras y la peste, puede haber influido en el sentir de Marco Aurelio hondamente. En las *Meditaciones*, la idea de la muerte reaparece constantemente, y el emperador, que parece sentir la suya acercarse, está siempre en guardia contra su asalto sorprendente e inevitable. Con cierto tono melancólico, Marco Aurelio menciona asociada a ella no la gloria ni la inmortalidad, sino el olvido.

La educación juvenil de Marco Aurelio fue muy esmerada, con los mejores maestros particulares. Sus nombres y sus mejores cualidades están rememorados, a continuación de los de sus familiares y antes de la evocación de Antonino (es decir, de I 5 a I 15). Su preceptor, Diogneto, Rústico, Apolonio, Sexto, Alejandro el Gramático, Frontón, Alejandro el Platónico, Catulo, Severo, Máximo, desfilan por los apuntes del antiguo discípulo agradecido. Junto a las lecciones de gramática, retórica y filosofía, aprecia en ellos otras, más duraderas, de carácter o de moral, y sus trazos rápidos recuerdan, sobre todo, esas enseñanzas de bondad o de firmeza ética. Entre estos profesores hay que destacar la posición antitética de los que profesaban retórica o gramática y los que profesaban la filosofía (platónica o estoica). La disputa clásica entre los adeptos de una u otra disciplina como orientación vital —la misma que había enfrentado a Platón e

Isócrates en la Atenas del s. iv a. C.— revivía en el s. ii d. C. Frontón habría querido hacer de su discípulo un gran orador, un retórico cuidadoso de las fórmulas verbales, pero Rústico lo atrajo decididamente a la filosofía. Q. Junio Rústico, de quien Marco Aurelio recuerda que le prestó su ejemplar privado de los *Recuerdos* de Epicteto, era, más que un profesor de filosofía, un noble romano, estoico de corazón y de convicción. Marco Aurelio le nombró cónsul por segunda vez en el 162 y prefecto de Roma desde el 163 al 165.

Conviene anotar marginalmente que la época de Marco Aurelio asiste a una brillante renovación de la cultura griega, mediante el renacimiento intelectual que protagonizan las grandes figuras de la Segunda Sofística, virtuosos de la retórica que, con su «oratoria de concierto», logran atraer a vastos auditorios en sus espectaculares demostraciones. La elección de Marco Aurelio, al desdeñar la retórica, pese a los consejos de su querido Frontón (con quien le unía un afecto sincero, testimoniado por los fragmentos de su correspondencia que hemos conservado), va un tanto a contrapelo de la moda intelectual. Sin duda, a tal elección le predisponía su carácter austero y sencillo. La bien conocida anécdota de que Adriano, jugando con el *cognomen* familiar de *Verus*, le llamaba *Verissimus*, para acentuar la sinceridad característica del Marco adolescente, apunta este mismo rasgo.

Como ya dijimos, ningún otro es evocado en las *Meditaciones* con tanta extensión ni con un afecto tan entero como T. Aurelio Antonino, tío político, padre adoptivo, suegro y compañero ejemplar en las tareas de gobierno durante muchos años. Pío y feliz, Antonino debió de ser un hombre

admirable en muchos sentidos. Como administrador diligente del Imperio durante veintitrés años en paz, y como persona de carácter humanitario y sencillo, la fama de este emperador —sobre el que, casualmente, tenemos muy pocos testimonios históricos— nos lo presenta en una imagen favorable. Ya en el 138 el Senado, que detestaba a Adriano, extravagante, enigmático y atrabiliario en sus últimos años, acogió con alivio la designación de este maduro y aplomado jurisconsulto, al que consideraba uno de sus miembros eminentes, y que parecía personificar las virtudes domésticas de un romano de vieja cepa. (Aunque, como los Veros, los Antoninos eran también una familia de origen provinciano de ascensión bastante reciente.) Es un contraste curioso el suscitado por la contraposición de Adriano y Antonino, un contraste que, como ya advertimos, las notas de Marco Aurelio sobre este último parecen evocar, «tal vez inconscientemente». Farquharson lo explicita con claridad: «Su amor por las formas antiguas, su conservadurismo religioso se opone a la variabilidad y al capricho de Adriano, su economía pública y su frugalidad privada a la extravagancia de Adriano, su sencillez a la pasión de Adriano por las construcciones, los suntuosos banquetes y los jóvenes favoritos. Adriano era, además, envidioso e intolerante hacia sus rivales, aun con gente de gran talento como el arquitecto Apolodoro; y la fantástica extravagancia de su famosa villa en Tívoli puede habersele ocurrido a Marco Aurelio en extraño contraste con las anticuadas residencias campestres de Antonino Pío. Cuando leemos acerca del sencillo y práctico caballero campesino, nos acordamos del hombre genial desazonado, irritable a menudo (especialmente al final de su vida), infeliz y enfermo Adriano» (Farquharson, I, pág. 276).

Pero el contraste entre uno y otro lo ofrecía la realidad misma de sus caracteres respectivos. La inquietud de Adriano parece humedecer con poética nostalgia su breve poemilla, que comienza *Animula, vagula, blandula...*, esos admirables versos en que el tono preciosista no borra la afectividad. Antonino, antes de morir, da la última consigna a la guardia: *Aequanimitas*, «una gentil sugerencia a su sucesor, una amable alusión a la doctrina estoica». Esa «ecuanimidad» parece resumir, lema final, la ambición de este emperador pacífico, que no era un intelectual ni un retórico, y que tal vez no sentía una desasosegada curiosidad por el fondo metafísico de la existencia.

Con su sencillez, su tesón en el trabajo, sereno y sin recelos, parco en gestos grandilocuentes y desconocedor de los énfasis militares, Antonino fue para Marco Aurelio un ejemplo viviente del gobernante equitativo, con una autoridad firme, pero sin rigidez. Cuando Marco Aurelio se da a sí mismo consejos como el de «compórtate como un romano» o «no te conviertas en un César», piensa en su antecesor como modelo: «en todo sé un discípulo de Antonino» (VI 30).

Una anécdota, referida por el biógrafo de Marco Aurelio en la *Historia Augusta*, cuenta que, al morir el preceptor de Marco (evocado en I 5), el joven se echó a llorar y ciertos cortesanos lo censuraban, cuando Antonino les replicó: «Dejadle ser humano: que ni la filosofía ni el trono son fronteras para el afecto». En las *Meditaciones* (I 11) se alude a la falta de efectividad de «los llamados patricios» (junto a la hipocresía que rodea al tirano). Antonino, como Frontón, no ocultaban su humanidad.

Como emperador, Antonino se vio favorecido por su talante práctico y austero, pero también por la fortuna, que

le deparó un largo período de tranquilidad. (Consecuencia, en gran parte, de las campañas victoriosas de Trajano y de la administración provincial diligente de Adriano.) Su carácter piadoso —es decir, atento a las ceremonias religiosas— no se vio enfrentado a trances apurados o catastróficos. La suerte de su sucesor sería muy diferente.

En 161, a la muerte de Antonino, Marco Aurelio heredó el cargo de Emperador. Así estaba previsto desde mucho atrás, por obra y gracia de Adriano. Ahora tomó el nombre de *Marcus Aurelius Antoninus*, definitivamente. Tenía cuarenta años. Había ocupado las más altas magistraturas: aquel año desempeñaba su tercer consulado. Como su antecesor, no había luchado por el poder. Pero había tenido tiempo para acostumbrarse a la vocación de emperador, si no le ilusionaba al principio.

Aquel año, su esposa Faustina dio a luz una hermosa pareja de gemelos, uno de los cuales moriría a los pocos años. El otro, el único varón superviviente de su descendencia, sería el sucesor de Marco Aurelio: Cómodo, una calamidad para el futuro del Imperio.

El primer acto importante del Emperador fue asociar, como colega en el trono, con sus mismos títulos, a Lucio Aurelio Vero. Este coemperador, unos diez años más joven que él, era hijo de L. Ceionio Cómodo, el malogrado César que Adriano designara en el 138 como candidato al trono. Luego, Antonino había adoptado al joven Lucio, junto con Marco Aurelio. Con su generoso gesto, Marco Aurelio entronizaba a su hermano adoptivo, eliminando un posible pretendiente rival al trono. (La manera más habitual de tales eliminaciones era otra más drástica, que no iba bien con el carácter de Mar-

co Aurelio.) Los historiadores han discutido la oportunidad de ese nombramiento, dictado por la política y tal vez por el afecto. Lucio Vero no poseía ni dotes de mando ni inteligencia política, y su conducta personal no se regía por el sentido del deber. Era un hombre frívolo, amante de los placeres y los lujos, un libertino un tanto irresponsable. Cuando fue delegado por su hermano contra los partos, permitió que sus generales le obtuvieran las victorias, mientras él gozaba de la refinada vida de Antioquía junto a su bellísima amante Pantea de Esmirna, elogiada por Luciano. Marco Aurelio le envió como esposa a su hija Lucila, de quince años. Lucila no logró corregir a Lucio Vero; antes fue ella la influenciada por el ambiente festivo y licencioso. L. Vero regresará con la victoria a Roma en el 105. (Sus tropas traerán consigo, además, la peste.) Más tarde, Marco Aurelio lo llevará consigo a la guerra contra los marcomanos. Al regreso de la expedición, L. Vero muere de un ataque de apoplejía (169). El emperador ordenó unos magníficos funerales en su honor. (Como en otras ocasiones, la calumnia sugirió que había sido envenenado por sus familiares.) Y es probable que esta muerte también le afectara de verdad. Podemos imaginar a L. Vero como dotado de una jovialidad y una alegría de vivir que contrastaban con la seriedad de Marco Aurelio. Éste lo recuerda con palabras de sentido afecto (I 17, y en VIII 37 alude a Pantea llorando sobre su tumba).

El largo reinado de Marco Aurelio estuvo lleno de tribulaciones desde sus comienzos. Primero fue la guerra en Oriente: los temibles partos invadieron Armenia. En respuesta, hubo que organizar una campaña guerrera de largas y costosas operaciones, dirigida nominalmente por L. Vero; y, de hecho, por sus generales y legados, entre los que destacó

Avidio Casio. Al fin, en el 166, quedó asegurada la victoria de Roma. (Pero las tropas que regresaron a Italia trajeron consigo una devastadora epidemia de peste que diezmo la población de la península.)

Luego, los bárbaros del *limes* danubiano, inquietos ya desde años atrás, invadieron la Retia, la Nórico y la Pannonia, y llegaron amenazadores a las puertas mismas de Aquileia (166). Los dos emperadores levantan un ejército y parten hacia el Norte. La situación económica es crítica, y Marco Aurelio se ve obligado a condonar impuestos y a vender todos los objetos de lujo de su propiedad, los tesoros del palacio imperial, en pública subasta, para hacer frente a los gastos de la campaña. Una interesante anécdota (referida por Dión Casio, LXXI 3, 3) nos informa de la conciencia y el valor de Marco Aurelio en situaciones críticas. Cuando sus soldados, tras la dura victoria sobre los marcomanos (en el 168), le reclaman un aumento de sus haberes, se lo negó con estas palabras: «Todo lo que recibáis sobre vuestra soldada regular es a costa de la sangre de vuestros padres y vuestros parientes. En cuanto al poder imperial sólo Dios puede decidir». (La última frase alude a los peligros de una negativa como la que expresaba ante el ejército.) Al regresar a Roma, en el 169, muere repentinamente L. Vero.

De nuevo los bárbaros del NE invaden las fronteras, y Marco Aurelio debe emprender una guerra a fondo contra esas tribus belicosas. Contra los marcomanos, los cuados, los sármatas y los yáziges, combates interminables en dos largos períodos (de 169 a 175 y de 177 a 180) ocupan a Marco Aurelio, de natural sedentario y pacífico, convertido por las urgencias del mando en un emperador viajero y militar. Entre largos meses en el Danubio y cortas visitas a

Roma, a su familia, Marco Aurelio envejece. De salud enfermiza —toma pequeñas dosis de opio para calmar sus dolores más fuertes—, avanza al frente de sus ejércitos por esas comarcas boscosas y frías, entre el légamo amarillento y la neblina gris, costeando el largo río, contra las hordas de unos enemigos que parecen multiplicarse y desaparecer como en una pesadilla.

Cuando en el 175 parece haber obtenido la victoria, mientras trata de organizar las nuevas provincias de Marcomania y Sarmacia, llega de Oriente una terrible noticia: Avidio Casio se ha proclamado emperador en Siria. Por fortuna para Marco Aurelio, que se preparaba a combatirle, sus propios soldados asesinaron a este duro y ambicioso soldado a los tres meses de su rebelión, y le trajeron la cabeza del usurpador. Aunque el peligro remitía con ello, la tentativa era un golpe brutal para la confianza del emperador. Marco Aurelio perdona a los conjurados y prefiere silenciar los nombres de los comprometidos en este complot, ordenando destruir las pruebas del mismo. Se dirige a Oriente, visitando Antioquía, Alejandría y llegando hasta Tarso. En el camino de vuelta muere su mujer (en Halala, luego Faustinópolis, en el 176).

La muerte de Faustina causó a su esposo una pena difícil de medir. Era la hija de Antonino, una compañera desde la adolescencia y la madre de trece hijos (de los que sólo Cómodo y cuatro hijas les sobrevivían). Marco Aurelio le dedicó un templo, celebró su funeral solemne concediéndole los títulos de *Diva* y *Pía*, y fundó un colegio de huérfanas, las *Puellae Faustinianae*, dedicado a su memoria. En sus *Meditaciones* (I 17) da gracias a los dioses por haberle dado «una esposa tan obediente, tan amorosa, tan sencilla».

Sin embargo, Faustina ha dejado fama —a través de cronistas chismosos como Casio y Capitolino— de emperatriz intrigante y casquivana, que había engañado a su esposo con la compañía de algunos apuestos soldados o gladiadores. Es difícil saber el fundamento de estos rumores cortesanos. Los biógrafos modernos tienden a rechazarlos como meras calumnias de un ambiente propenso a la murmuración. Ni Renan, ni Farquharson, ni W. Goerlitz, ni A. Birley, les conceden crédito. Por otra parte, la generosidad de Marco Aurelio, que sólo recuerda los beneficios al citar a las personas, podría haber perdonado faltas menores. El papel de mujer de un filósofo es ingrato. Le debió de ser difícil a la joven Faustina, desposada cuando era una muchacha de famosa belleza, compartir las preocupaciones de su austero esposo, comprender sus inquietudes filosóficas y convivir con él en el marco cortesano tan corrompido de la Roma del siglo II.

En septiembre del mismo año 176, Marco Aurelio visita Atenas, donde funda cuatro cátedras de filosofía (una para cada una de las grandes escuelas: la platónica, la aristotélica, la epicúrea y la estoica) y se inicia en los misterios de Eleusis.

A su regreso, Marco Aurelio obtuvo una acogida triunfal en Roma. Al año siguiente (177) elevó a Cómodo al puesto de emperador adjunto, que había ocupado L. Vero. Dos sucesos importantes de la misma época fueron la reapertura de hostilidades en el *limes* y la matanza de cristianos en Lyón.

La represión del cristianismo, conducida con rigor feroz en algunas provincias, es un hecho sorprendente de la política de este emperador filósofo y humanitario. (Tanto más,

al parangonarla con su indulgencia para con otros cultos, por ejemplo, con las prácticas de Alejandro de Abonutico.) Muchos son los que han considerado extraña esta intransigencia oficial contra una secta ilegal, pero tolerada por los emperadores anteriores, desde la época de Nerva. Marco Aurelio había recibido algunas apologías del cristianismo, como las de Atenágoras y Justino (condenado a muerte en Roma en el 165, cuando Rústico, el estoico, era prefecto de la ciudad). No sabemos si las leyó. La única referencia a los cristianos en sus apuntes (en XI 3; atetizada por Haines, pero defendida como cita auténtica por Farquharson, II, pág. 859) habla de su desprecio de la muerte por mera obstinación. La oposición del estoico a la secta cristiana —que tiene en esta época y los decenios siguientes una escandalosa difusión, con progresiva propaganda en los altos círculos— es sintomática. Al parecer, Marco Aurelio consideraba a los cristianos una secta de fanáticos, necrófilos y extravagantes enemigos del Estado; y, por ello, cedió a la excitación popular, soliviantada en circunstancias penosas, en los sucesos crueles de la Galia Lugdunense en el 177.

Los apologetas cristianos creyeron que podrían encontrar en el emperador un oyente benévolo. Pero la oposición entre el estoico, que basa su conducta en una razón divina, expresada en el *daímon* interior de la conciencia propia y reflejada en el orden cósmico, y el cristiano, adepto de una fe dogmática, basada en las creencias reveladas y unos cultos místéricos, era demasiado infranqueable. El servicio al Estado era un deber sagrado para un estoico romano, que no podía sentir simpatía por la actuación política, harto turbia, de los cristianos como grupo social. Frente a las promesas de una recompensa ultramundana que el filósofo desdeñaba

como ilusorias, al estoico no le quedaba otra satisfacción que la de cumplir con su ética autónoma, en armonía con el cosmos y su divinidad immanente.

En el caso personal de Marco Aurelio el enfrentamiento es un tanto más patético, porque sentimentalmente su humanitarismo le aproximaba al sentir cristiano. En Marco Aurelio «se encuentra igualmente el concepto, ausente del antiguo estoicismo, de la piedad, de la caridad incluso con los que le ofenden» (Reardon). «Lo propio del hombre es amar incluso a quienes nos dañan», escribe Marco Aurelio (VII 22 y 26). Y esta generosidad en el perdón no era sólo teórica; la practicó una y otra vez, silenciando los nombres de sus enemigos, olvidando las rencillas y las traiciones. Esa bondad natural, cercana al concepto cristiano de la caridad hacia el prójimo, era innegable. Aún más, a su filantropía Marco Aurelio unía un ascetismo y un desprecio de las vanidades mundanas que encuentran ecos en el cristianismo, un cierto *contemptus mundi*, como ya Renan subrayó en su obra.

«Marco Aurelio tenía la fe y tenía la caridad; lo que le faltaba era la esperanza», escribió U. Wilamowitz sagazmente. Una frase que conviene matizar: la fe del estoico es racionalista, y su caridad, gratuita. Pero, desde luego, la falta de esperanza es un rasgo definitivo en la contraposición. Por un lado esa resignación desesperada es característica de la época última del estoicismo (y puede responder a ciertos motivos ideológicos bien detectados por G. Puente en su libro sobre el tema). Frente a la confiada actitud de los mártires cristianos en una recompensa ultraterrena —en el que se compensarían con creces las injusticias de este mundo y donde se patentizaría la Justicia divina—, el estoicis-

mo no tenía nada que ofrecer, salvo su ideal del sabio, feliz en su autarquía apática, inquebrantable ante los golpes de la Fortuna, como el peñasco ante los embates del mar, un ideal aristocrático, egoísta y frío. En el conflicto entre el estoicismo racionalista y las nuevas religiones místicas, con sus evangélicas promesas, con sus dioses compasivos, aquél tenía perdida la partida. Tanto los cultos de Isis y de Mitra como el cristianismo, resultaban más atractivos para unas gentes abrumadas por la opresión estatal, angustiadas por la incertidumbre del futuro, ansiosas de un credo salvador. El reinado de Marco Aurelio cae al comienzo de esa época que el profesor Dodds ha denominado «an Age of Anxiety» («Una época de angustia», según el traductor de su libro).

En Marco Aurelio la resignación estoica asume un tono personal íntimo y se vela de melancolía. No sólo es desesperanza metafísica, sino desesperanza en la sociedad y en la historia. No espera nada del futuro: todo se repite y pasa al olvido. No confía en la gloria ni en la inmortalidad personal. Frente al dogma estoico de que el *cosmos* está regido providencialmente por la Razón divina, atenta al bien del conjunto —una idea optimista que, como Rostovtzeff indica, convenía a la ideología del totalitarismo oficial—, esa desesperanza en el futuro del individuo no deja de ser una amarga decepción.

En el 178 se traslada de nuevo al frente del Danubio. Se repiten las marchas, los combates, las victorias cruentas. Y, al fin, en marzo del 180, la peste da muerte al emperador, tras siete días de agonía. Herodiano (I 4) da cuenta de su último discurso oficial, en el que confía el mando a su hijo Cómodo y se despide de sus generales estoicamente. (Poco más tarde, Cómodo, hastiado de la guerra, firmará con los

bárbaros una paz vergonzante y regresará a Roma para escandalizar al Senado con sus caprichos y excesos.)

Por una ironía del destino, Marco Aurelio pasó la mayor parte de su gobierno empeñado en esas guerras interminables contra los bárbaros. Quien había recibido tan esmerada educación intelectual se vio envejecer en los frentes de campañas, en aquellos combates para los que nadie le había adiestrado.

Tras un largo período de paz, las convulsiones de los partos y de los germanos, preludio amenazador de las futuras invasiones que descuartizarán el Imperio Romano, le obligaron a asumir ese papel militar. Recibió los títulos de *Armeniacus*, *Medicus*, *Parthicus*, *Germanicus* y *Sarmaticus* por las victorias de las tropas, él que prefería otros títulos más sencillos.

Supo continuar la labor jurídica de Antonino. Como él, trabajó asiduamente en la organización de los servicios públicos. Hizo redactar alrededor de 300 textos legales, de los cuales más de la mitad tienden a mejorar la condición de los esclavos, de las mujeres y de los niños. Se ha discutido si esta actividad humanitaria está basada en sus convicciones estoicas (cf. P. Noyen en *L'Antiquité Classique*, 1955, págs. 372-83; G. R. Stanton en *Historia*, 1969, págs. 570-87; y Hendrickx en *Historia*, 1974, págs. 225 y ss.) o si, más bien, se debe a razones pragmáticas. En todo caso, si Marco Aurelio renunciaba a la utopía platónica como algo imposible (cf. IX 29), se preocupó por mejorar, poco a poco, la condición de sus súbditos más necesitados.

En algunos bustos —de varia época—, en algunos excelentes relieves de su Columna y de su Arco de Triunfo —re-

liquias de esta construcción, hoy destruida — y en su broncea estatua ecuestre — hoy en la colina del Capitolio —, podemos ver la fisonomía del emperador. La imagen mejor es la de la gran estatua de bronce (conservada tal vez porque los cristianos la respetaron al creerla de Constantino). Marco Aurelio avanza con solemnidad. Cubierto de su armadura, como *imperator*, con la mano alzada en un gesto dominante y pacificador. El rostro barbado le da la prestancia de un viejo filósofo. La mirada serena se adivina perdida a lo lejos, sobrepasando la escena inmediata, ensimismado tal vez. Sus representaciones confirman su actitud, y esa voluntad romana y estoica de cumplir con el deber asignado por la divinidad; en su caso, el de luchar por el Imperio —amenazado interiormente por su anquilosada estructura social y sus agravadas crisis económicas, y en el exterior, por las presiones de los bárbaros.

«El arte de vivir —escribe Marco Aurelio— se acerca más al de la lucha que al de la danza». Y esa postura del guerrero, digno y noble ante lo que le acontezca: muertes familiares, desastres públicos, engaños e hipocresías, cuadra al personaje. Como buen actor desempeñó su papel en la vida, sin irritarse con el director de escena cuando éste le obligó a retirarse. «Porque fija el término el que un día fue también responsable de tu composición, como ahora de tu disolución. Tú eres irresponsable en ambos casos. Vete, pues, con ánimo propicio, porque te aguarda propicio el que ahora te libera.» Así concluye el último libro de las *Meditaciones*, con ese símil teatral que recuerda una cita de Epicuro. (Menos pesimista que el símil de que los hombres son marionetas movidas por hilos, repetido en otros textos de Marco Aurelio.) Hizo lo posible por ofrecer la imagen del

sabio que se propuso: la del peñasco inquebrantable al oleaje, y por servir la consigna de Antonino: «Ecuanimidad» en todo momento.

II

El título de la obra de Marco Aurelio varía ligeramente en las versiones a otros idiomas. El griego: *Ta eis heautón* puede deberse al propio autor o al secretario que ordenaba sus libros o al editor de la obra. El artículo *ta* sobrentiende un plural neutro: *biblia* (libros) o *hypomnémata* (*comentarii*, recuerdos, c. III 14). *Eis heautón* puede significar «acerca de sí mismo». (Pudo ser, por ejemplo, el título puesto sobre ciertos rollos de su biblioteca, en oposición a otros escritos vecinos de carácter público.) O bien «a sí mismo». (En tal caso aludiría a la idea de reflexión o recogimiento interior, expresada por el autor en varios pasajes: cf. IV 3, VI 11, VII 28, IX 42.) Ya Casaubon, en 1643, notaba esa ambigüedad en su traducción latina, titulada *De Seipso et Ad Seipsum*. Gataker (1652) lo vertía en una perífrasis aclaratoria: *De rebus suis sive de eis quae ad se pertinere censebat*.

Tal vez una versión aséptica en castellano habría sido la de «Notas o apuntes personales», que, sin embargo, nos resulta demasiado fría. La más tradicional es la de «Soliloquios», consagrada por la traducción de F. Díaz de Miranda (1785) y recogida por otros (p. e., por M. Dolç en 1945), que nos parece hoy de sabor un tanto arcaizante. Hemos preferido el título de «Meditaciones», ya utilizado por otros traductores. (Corresponde bien al título *Meditations*, tradicional en inglés. Los traductores franceses prefieren *Pen-*

sées, tal vez por el eco pascaliano que les suscita la palabra o incluso el de *Pensées pour moi-même*, que parece un tanto rebuscado. En alemán se han utilizado el de *Selbstbetrachtungen* o el de *Wege zu sich selbst* [W. Theiler].)

La obra está dividida en doce libros, bastante breves. El origen de una tal división en libros parece remontar al autor mismo. Así, el libro I es claramente autónomo, y fue compuesto probablemente al final, para servir de prólogo o epílogo a los demás. También otros, como el II, el III y el V, tienen un cierto carácter unitario, con un principio y un final marcados estilísticamente. El II y el III ofrecen una referencia inicial al lugar donde fueron compuestos: la región de los cuados y el campamento de Carnuntum. En otros casos no se percibe la razón de la separación por libros conforme al orden tradicional, y, en cambio, pueden sugerirse otras pausas. (Así, por ejemplo, Farquharson piensa que, por el contenido, conviene marcar una tras XI 18 y que desde XI 19 al final del libro XII podría obtenerse así un libro bastante definido formalmente.) En un análisis detallado pueden advertirse muestras de dislocación entre unos fragmentos y otros. Sobre el tema se han sugerido varias hipótesis (por ejemplo, que los escritos, dejados en cierto desorden, habrían sido reagrupados y ordenados por un editor, póstumamente, o que Marco Aurelio los habría dejado sin revisar del todo en forma definitiva, o que algunos libros proceden de una selección de escritos), que es difícil admitir. No es necesario exigir una ordenación demasiado sistemática a apuntes de este tipo. Por otra parte, es cierta la advertencia de que ciertos pasajes de extractos y citas de carácter poético o filosófico aparecen como intercalados en VII 35-51 y IX 22-39, y la continuidad de los pensamientos anotados se

entendería mejor considerando aparte estos párrafos. (Aunque, desde luego, tales citas proceden de lecturas predilectas de Marco Aurelio.)

En fin, cualquier intento de substituir la actual ordenación por otra (más sistemática, por temas, por ejemplo), nos parece arriesgada y artificial. Tal vez el aparente desorden de nuestro texto ayude a comprender, en cierto modo, la manera en que fue compuesto, por anotaciones esporádicas, con reiteración de motivos, con retoques y saltos, y elaborado en ratos sueltos, en vigilias arduas, y sin una intención escolástica.

El estilo de los apuntes personales refleja el carácter de Marco Aurelio, despojado de artificios retóricos, conciso y austero. En su intención parenética, unas veces intenta alcanzar expresiones punzantes, a modo de máximas lapidarias; acaso al modo de aquellas de ciertos presocráticos (Heraclito o Demócrito) que gusta de evocar. Así, por ejemplo, VI 54: «Lo que no conviene al enjambre, tampoco a la abeja», o V 28: «Ni actor trágico ni prostituta», o VI 6: «El mejor modo de defenderse es no asimilarse (a ellos)». Otras veces trata de exponer en cierto orden algunos temas de meditación, un tanto tópicos en la filosofía estoica, reiterados aquí con un sincero empeño personal. (Así, por ejemplo, en los primeros párrafos del libro III.) Tales temas son los elementos de ese botiquín filosófico de primera urgencia, que Marco Aurelio aconseja tener a mano siempre (III 13). En general, estos pasajes están compuestos en un estilo cuidado y preciso, en contraste con algunos otros párrafos más descuidados y un tanto confusos, incluso en su construcción gramatical. (Estos pasajes más oscuros pueden haber sido dañados por la tradición del texto, pero es probable

que la dificultad de algunos proceda de la falta de revisión por parte del propio autor.)

El léxico de Marco Aurelio es notablemente variado. Usa formas coloquiales — por ejemplo, ciertos diminutivos —, no es partidario de fórmulas fijas para referirse a temas filosóficos, y, por otra parte, admite términos cultos y un tanto eruditos. Herodiano (I 2, 3) nos informa de que gustaba del arcaísmo en sus escritos (*lógōn te archaiótētos ēn erastēs*). En conjunto, su lengua no tiene la vivacidad de la de Epicuro. Al fin y al cabo era una lengua aprendida en la niñez y mantenida como instrumento intelectual a través de lecturas, más que de uso cotidiano. La versión de ciertos giros y expresiones resulta difícil, porque, al traducirlos, hay que parafrasearlos, eliminando así la concisa precisión de la frase griega, o la referencia a la terminología estoica.

El tono de los apuntes filosóficos es severo y un tanto adusto, acorde con los temas tratados, con esas consignas de resignación ante los reveses del azar y las injusticias humanas, y la meditación frecuente de la muerte irremediable. Sobre ese trasfondo gris destacan los símiles, de una plástica vivacidad. Alguna vez, tras ellos, se adivina la referencia personal. Tal es el caso cuando (en X 10) compara al vencedor de los sármatas a la araña que captura moscas. (El Emperador había recibido el título de *Sarmaticus* en 175, como homenaje a la victoria tras una larga campaña.) Otras veces son símiles más generales: el hombre que se resiste a su destino es como el cochinito que da chillidos mientras le llevan al sacrificio (X 28), el sabio es la roca que resiste incólume los embates de las olas (IV 49), la piedra preciosa a la que nadie puede impedir serlo (IV 20), la virtud es llama que brilla hasta extinguirse (XII 15), la muerte debe ser

acogida con agradecimiento, como la madurez de la aceituna que cae gozosa de la rama (IV 48). Todas estas imágenes intentan conciliar el pesar de la existencia humana al reintegrarlo en una imagen de la naturaleza, regida por un ritmo eterno. Son hermosas y apaciguadoras, como los símiles del viejo Homero, al intercalarse como pausas entre pasajes que recuerdan la lucha y el desánimo. Intentan desvanecer el aspecto irrepetible que la vida individual presenta. El hombre no muere de modo tan sencillo como las aceitunas, porque no se repite como ellas; y el combate del sabio contra los infortunios es más sensible y doliente que el del peñasco contra las tempestades. Marco Aurelio intenta combatir con esos pensamientos consoladores a su enemigo: el tiempo, tenaz aliado de la muerte, y a la historia.

Las *Meditaciones* no son un diario, ni siquiera la dramática «historia de un alma» (M. Dolç), en el sentido de que en ellas no hay referencias al momento en que fueron escritas. (A no ser de modo indirecto, por ejemplo, las localizaciones de los libros II y III, o la referencia a la guerra contra los sármatas en el pasaje aludido hace poco.) No hay en ellas ni fechas ni paisaje. Nos habría gustado a los modernos saber a qué se refieren este o aquel párrafo de disgusto o de admiración, y en qué momento de la noche o ante qué frío paraje danubiano se había escrito tal o cual meditación. Pero, en su desprecio por lo corporal y mundano, Marco Aurelio sólo anota lo esencial: el razonamiento desnudo de lo accesorio y la incitación moral.

Como pensador, Marco Aurelio no es un filósofo original ni complicado. Como otros estoicos de la época imperial (es decir, de la Estoa Nueva), como Séneca y Epicteto, su originalidad básica consiste en la reducción de la filosofía a

la ética, dejando de lado otros aspectos teóricos, como la teoría física, o la gnoseología de la escuela. Tampoco pretende ser un maestro de virtud. Se propone, sí, un cierto ideal estoico del sabio como modelo; aunque es consciente, demasiado tal vez, de la distancia que le separa de este modelo. Lo más atractivo en él es la sinceridad con que intenta vivir según esas pausas éticas. Por eso su estoicismo tiene el atractivo de la doctrina vivida, y no de la predicada. Esa sobrecarga de «moralina» (según el término de Nietzsche) que edulcora la abstracta predicación escolar, queda anulada en sus apuntes por el latente dramatismo de su itinerario espiritual. Como escritor, Marco Aurelio es más monótono y gris que el hábil Séneca, más dotado para el estilo elegante de confesor espiritual, sagaz «torero de la virtud». Y es menos ágil que Epicteto, y menos optimista también. Diríase que el antiguo esclavo estaba menos recargado de deberes y era más libre que el solitario Emperador. Hay en Marco Aurelio una cierta tonalidad pascaliana en su intento, cerebral y cordial, por aferrarse a una explicación del mundo que le permita vivir con dignidad, con razón, frente al azar absurdo. La ética estoica da sentido a su vida, y su experiencia cotidiana es confrontada a la doctrina. Practica la filosofía como un fármaco personal, al tiempo que cumple su deber. Marco Aurelio no era un intelectual al frente del Estado romano. Precisamente porque no lo era, desconfiaba de las fórmulas abstractas y no tenía un programa de reformas ideales, ni creía en las utopías. Ya Renan señaló bien que no era un filósofo dogmático. En efecto, tiende a simplificar la teoría, reduciéndola a los dogmas fundamentales. Él mismo recomienda ese afán de simplificar para quedarse con lo esencial. Parte de unos principios de creencia que acepta como incuestionables. Así, por ejemplo, el de la composi-

ción tripártita del hombre en cuerpo (*sōma*, *sarx*), alma o principio vital (*psyché*, *pneuma*) e inteligencia (*nous*). De esas tres partes, la última es la específicamente humana, y se identifica con el elemento divino interior (el *daímon*) que habita en nosotros y el principio director o guía de nuestra vida (el *hēgēmōnikón*). La conducta recta y racional exige que el *nous*, como guía y divino, no se deje perturbar por las otras dos partes del ser humano. Es el modo más sencillo de superar las pasiones, y el dolor y el placer.

Otro segundo principio es el de saber qué cosas dependen de nosotros y qué cosas no, y cifrar la felicidad en las primeras. El papel mediador de la conciencia en cuanto único criterio de valor permite diferenciar entre bienes y males, que son aquellos que afectan al yo interior, y toda una larga serie de sucesos y cosas exteriores, calificadas como indiferentes. Marco Aurelio no llega a mantener el rigorismo originario sobre las cosas indiferentes; pero reitera tales consejos ascéticos, muy bien explicitados por Epicteto.

Un tercer dogma es el de la sumisión del individuo al conjunto, de la adaptación al *cosmos*, regido inmanentemente por un designio divino y racional. La racional providencia cósmica es uno de los dogmas básicos del estoicismo. Marco Aurelio lo adopta con una sentida y profunda adhesión personal (IV 23, X 28, etc.). Esta creencia, en principio claramente optimista, asume un valor ideológico, transferida de su contexto físico al terreno más cercano de la praxis social, en el marco del Imperio Romano. «La idea de la superioridad de los intereses del Estado o de la colectividad sobre los del individuo es acentuada por Marco Aurelio (v. VI 44, VII 55, IV 29)», apunta M. Rostovtzeff (II 236) en una breve nota, señalando que en «la conciencia de ago-

bio» que era «el rasgo más destacado de la vida económica y social» de esa época, en que se acentuaba «la presión del Estado sobre el pueblo» de modo casi intolerable, resultaba un excelente motivo para justificar la actuación del poder, que intentaba «salvar al Estado a costa de la colectividad y de los individuos». Ya en Epicteto (II 10, 4-5) se encuentra esa consideración de que «el todo es más importante que la parte, y el Estado que el ciudadano». Pero es Marco Aurelio el que insiste en este punto como algo fundamental de toda su ética y quien avanza más sobre tal postulado.

La motivación ideológica de su actitud ha sido analizada penetrantemente por G. Puente (*o. c.*, págs. 229-238), quien señala con claridad el conservadurismo social y el conformismo de esta ideología de resignación. (Cf. especialmente sus conclusiones en pág. 237: «La ideología de resignación del estoicismo tardío responde a un sorprendente mecanismo psicológico en virtud del cual el *civis romanus* resuelve vivir en un doble mundo: el sistema político imperial —*civitas* humana jerarquizada y articulada en clases dominantes y clases explotadas, sujetas ambas a la vis coactiva del orden jurídico— y el orden cósmico racional —*civitas* divina anclada en la actividad de la conciencia individual como *locus* privilegiado de la razón—. El hombre interior constituye la referencia permanente de ese doble mundo, y es el artificio moderador de las encontradas lealtades que imponen, de una parte, los deberes de la convivencia social y política, y de otra, el inalienable albedrío de la conciencia moral. Se trataba, así, de una existencia en funambulesco equilibrio entre la esperanza y la desesperación, entre la exultación moral y el pesimismo resignado, entre el repliegue en sí mismo y la puntual entrega a las contingentes exigencias de

la vida diaria. Esta solución paradójica funcionaría aún durante algunos siglos, y llegaría a encarnarse —en un admirable *coup de théâtre* de la historia— en la persona de un emperador. La figura de Marco Aurelio resulta, en verdad, un fenómeno fascinante para el estudioso de las ideologías, pues su entraña psicológica radica en esa unitaria incorporación viviente de una ideología cuya operación práctica se apoyaba en la radical escisión de la conciencia: la duplicidad de un hombre que, como primer ciudadano, servía fielmente a un orden de dominación que, como sujeto moral, había de eludir constantemente para alcanzar la beatitud. Ambos imperativos se le presentaban como igualmente derivados de cierta concepción del kósmos en cuanto proceso unitario y fatal del lógos universal»).

Psicológicamente la personalidad de Marco Aurelio atrae nuestro interés por su ascetismo y su descontento interior. Descontento de sí mismo —en su afán de ser mejor y de comportarse de acuerdo con sus intenciones éticas en todo— y de los demás (cf. V 10 y muchos otros textos), Marco Aurelio se reitera una y otra vez los mismos consejos y máximas, como si no acabara de convencerse. La insistencia en repetir el remedio sugiere que éste no es del todo eficaz. Un cierto escepticismo latente en esta filosofía de consolación le da un tono dramático; como si las heridas y los dolores acallados, como si las quejas reprimidas y los impulsos detenidos necesitaran, en su subconsciente rebelión, de una nueva dosis de la farmacopea. La resignación aristocrática, el ascético desprecio del mundo y la carne, la sumisión al deber —de filósofo y de ciudadano romano en lo más alto de la jerarquía— son muestras de una actitud que rehúye el patetismo, pero que no puede alcanzar esa apatía inhumana del sabio estoico.

III

La coherencia entre su actuación histórica y su actitud filosófica (dejando ahora a un lado todos los problemas de su teoría) ha traído hacia la figura de Marco Aurelio la admiración de historiadores y pensadores diversos. Entre sus admiradores más ilustres hay que recordar a dos monarcas con inquietudes filosóficas y gran personalidad: a Juliano el Apóstata y a Federico II el Grande de Prusia. Entre los pensadores e historiadores mencionemos a algunos muy significativos, como Gibbon y Montesquieu, M. Arnold y J. Stuart Mill, E. Renan y H. Taine, entre otros. Taine dijo de Marco Aurelio que era «el alma más noble que haya existido». Renan lo calificó como «el mejor y el más grande de su siglo». Otros estudiosos de su obra han insistido en su magnanimidad. Así, por ejemplo, E. Zeller, A. Puech y A. S. L. Farquharson, su más tenaz comentador. Sus biógrafos, por ejemplo, W. Goerlitz y A. Birley, destacan la gran personalidad de Marco Aurelio, y es fácil notar cómo la exposición de sus hechos se acompañan de comentarios admirativos.

Marco Aurelio resulta un tipo de héroe muy poco frecuente en la Historia —entre otras cosas, porque carece de la alegría autoafirmativa y de la arrolladora ambición y del énfasis jovial de otras grandes figuras—. Es un filósofo de reducida originalidad. Pero la conexión de su posición histórica, su conducta personal y su actitud filosófica, hacen de él una figura atractiva y un ejemplo apasionante de humanidad.

IV

La historia de la *tradición del texto* de las *Meditaciones* es bastante extraña. En el s. III parece que Herodiano y Dión Casio conocían la obra. A mediados del s. IV, Juliano el Apóstata y el orador Temistio recuerdan con elogio a Marco Aurelio. En Temistio (en el año 364) se encuentra la primera referencia a su obra con un título expreso, el de *Admoniciones de Marco (Márkou parengélmata)*. El biógrafo de Avidio Casio en la *Historia Augusta* alude a unas *Exhortaciones* que Marco Aurelio habría declamado durante tres días antes de partir a la guerra contra los marcomanos. (Este biógrafo, que da esta noticia, tal vez confundida, puede ser de la época de Juliano.) Después, desde el s. IV al IX, nadie va a acordarse de los escritos de Marco Aurelio. Así, por ejemplo, no hay ni una cita suya en la amplia selección de filósofos y poetas recopilada por Estobeo a mediados del siglo V.

Pero a comienzos del X, Aretas, un humanista y bibliófilo bizantino, que luego fue arzobispo de Cesarea en Capadocia, escribe a Demetrio, arzobispo de Heraclea, que le envía un volumen antiguo de las *Meditaciones*, un viejo libro muy deteriorado, del que él ya se ha sacado una copia. Esta copia se ha perdido, pero es probable que esté en el origen de la tradición manuscrita de nuestras ediciones modernas. Hacia 950, en su inestimable diccionario, Suidas se refiere a los escritos éticos de Marco Aurelio: *Eis heautón* en 12 libros. Y dos siglos después, Tzetzes (1110-1185) cita algunos párrafos en sus *Chiliades*.

La primera edición impresa es la de Zúrich, 1558-59, hecha por Andreas Gesner, con traducción latina de Wm. Xylander de Augsburgo (1532-76). El texto de esta *editio princeps* se basa en el de un manuscrito palatino, «de la biblioteca del Príncipe Palatino, Otto Heinrich», que Xylander corrigió levemente en algunos pasajes. La importancia del texto editado por Gesner en 1558 aumenta por el hecho de que el manuscrito palatino se perdió luego, de modo que las lecturas de esa impresión (designada como *P* o bien como *T* [*Toxitanus*] en los aparatos críticos) representan el testimonio más fidedigno de la tradición textual. Junto a esta fuente *P*, tenemos otro importante manuscrito: el códice *Vaticanus Graecus*, 1950, designado como *A*, que contiene las *Meditaciones* en una copia de finales del s. xiv al xv. Existen otros manuscritos que son posteriores, o bien ofrecen *excerpta* del texto. Evidentemente, aquí no podemos entrar en pormenores de esa transmisión ni en la confrontación de *A* con *P* (que parecen remontarse a un arquetipo perdido, acaso al texto copiado por Aretas), ni exponer en detalle los nombres de los principales filólogos que se ocuparon de nuestro autor. Remitimos para ello a las introducciones de Trannoy o de Farquharson. En general, puede advertirse, en cualquier edición, las numerosas conjeturas y variantes que sugiere el texto, muy frecuentemente corrupto.

Además de Gesner y de Xylander (apellido latinizado de W. Holzmann, que se ocupó de la primera traducción al latín y de una segunda edición corregida en Basilea en 1568), vale la pena recordar unos pocos nombres. La primera traducción a un idioma moderno fue la de Pardoux Duprat al francés en 1570. Casaubon realizó la primera traducción al inglés en 1634, añadió una excelente introducción y notas críticas en su segunda edición en 1635, y editó el texto grie-

go en 1643, acompañado de una traducción latina (la de Xylander retocada).

En Cambridge y en 1652 apareció la edición del texto griego con nueva traducción latina y un excelente comentario por Thomas Gataker, que hizo época, y se reimprimió varias veces.

Entre los editores y comentaristas modernos ocupa un lugar destacado A. S. L. Farquharson por su obra en dos volúmenes, publicada póstumamente en 1944, dos años después de la muerte de quien le había dedicado muchos años de su vida con una auténtica vocación personal.

Las *Meditaciones* han sido traducidas a todos los idiomas europeos. Un estudioso (J. W. Legg) señala que en el s. xvii hubo 26 ediciones de esta obra; en el xviii, 58; 81, en el xix, y 28 en los ocho primeros años del siglo actual.

En fin, conviene quizá añadir aquí como nota irónica o pintoresca, el nombre de un escritor español que contribuyó, más que ninguno en el s. xvi, a popularizar el nombre de Marco Aurelio no sólo en España, sino en toda Europa. Me refiero a Fray Antonio de Guevara, cuyo *Libro áureo de Marco Aurelio* apareció impreso por primera vez en Sevilla en 1528. Este texto, recogido y ampliado en el *Relox de príncipes* (Valladolid, 1529), gozó de un sorprendente éxito de público, tanto en España (unas 30 ediciones hubo entre uno y otro título en los siglos xvi y xvii) como en Europa, donde se multiplicaron sus ediciones en latín, en francés, en italiano, en inglés, en alemán, en danés y en holandés. Todavía se tradujo al armenio en el s. xviii. Esta obra, que según Menéndez y Pelayo fue tan leída como el *Amadís de Gaula* y la *Celestina*, alcanzando un total de 58 ediciones en

Europa entre el xvi y el xvii en tan varias lenguas, difundió una curiosa imagen del Emperador filósofo desde treinta años antes de la aparición de la *editio princeps* de Marco Aurelio. Esta «extravagante novela» — que algún docto contemporáneo denunció pronto como superchería histórica — surgió de la facundia y la imaginación de este falaz humanista hispánico, a partir de unos mínimos textos antiguos, con una fabulosa desfachatez. Así que, cuando Jacinto Díaz de Miranda, en el prólogo a su traducción en 1785, criticaba que, frente a las ediciones múltiples en otros países europeos, «España es la única que ha escaseado a este Emperador un obsequio tan corto y trivial (como el de traducirlo y publicarlo)», añadía en nota: «Antes, para colmo de desatención, el obispo de Mondoñedo, Guevara, le prohijó atrevidamente en su *Relox de príncipes* desconcertado, contribuyendo la celebridad de Marco Aurelio a que corriese con el aplauso que por sí no merecía, y se imprimiese en los más de los países, traduciéndolo en latín, francés, italiano y alemán».

BIBLIOGRAFÍA

A) Ediciones del texto:

- A. S. L. FARQUHARSON, *The Meditations of the Emperor Marcus Antoninus*, 2 vols., Oxford, 1944. (La edición crítica va acompañada de traducción y un minucioso y extenso comentario que ocupa parte del tomo I y todo el tomo II, así como de una breve, pero excelente introducción.) (Hay reimpresión de 1968.)
- C. R. HAINES, *The Communings with Himself of Marcus Aurelius Antoninus, Emperor of Rome, together with his speeches and*

sayings, Londres, 1916. (Varias reimpressiones.) Col. «Loeb». Con traducción inglesa (muy literal).

H. SCHENKL, *Marcus Aurelius. Selbstbetrachtungen*, Leipzig, Teubner, 1913. (*Editio maior y ed. minor*, con buen aparato crítico.)

A. I. TRANNOY, *Marc-Aurèle. Pensées*, París, 1925 (y varias reimpressiones). Col. «Les Belles Lettres». (Con una introducción de A. Puech y traducción francesa muy cuidada.)

Entre las traducciones más modernas y asequibles vale la pena citar la francesa de M. MEUNIER, *Marc-Aurèle. Pensées pour moi-même*, París, 1964 (Col. «Garnier-Flammariion»), y la inglesa de M. STANFORTH, *Marcus Aurelius, Meditations*, Londres, 1964 (Col. «Penguin Classics»).

B) Traducciones españolas:

La versión castellana más antigua, hecha directamente sobre el texto griego, es la de Jacinto Díaz de Miranda, en 1785, con el título de *Soliloquios o reflexiones morales*. Es una traducción notable y con abundantes notas (unas 500), que se ha reeditado varias veces (por ejemplo, en la «Biblioteca Clásica», en 1888, y en colecciones de difusión amplia, como la «Col. Crisol», de Aguilar, y la «Col. Austral», en este caso sin explicitar la fecha de su primera edición). Esta versión, muy meritoria en su momento — como la *Poética*, de Aristóteles, traducida por J. Goya y Muniain, o *Las vidas y opiniones de los filósofos antiguos*, de Diógenes Laercio, por J. Ortiz Sanz, hechas por los mismos años —, resulta hoy anticuada y un tanto rancia de estilo. (Sobre sus méritos, cf. L. Gil, «Jacinto Díaz de Miranda, colegial de S. Clemente y traductor de Marco Aurelio», en *Studia Albornotiana* [en prensa].)

En el año siguiente (1786) aparecieron unos *Pensamientos escogidos de Marco Aurelio*, por J. Villa López.

En la «Biblioteca Económica Filosófica» se publica una nueva traducción, de A. Zozaya (en 1885). Las *Meditaciones*, en selección y traducción de R. Baeza reaparecen en Madrid, 1919. Con el título de *Soliloquios* las vierte M. Dolç en Barcelona, 1945, en un bello formato y con cuidadoso estilo, sobre el texto griego fijado por Trannoy. Otros traductores: Joaquín Delgado (París, s. a.), J. Pérez Ballester (Barcelona, 1954) y A. C. Gavaldá (autor de una selección con notas, publicada en Palma de Mallorca, 1956).

La presente traducción, de Ramón Bach Pellicer, aventaja a las anteriores en fidelidad al texto griego, ya que en todos los pasajes difíciles se ha preferido la precisión a una falsa elegancia. El texto de Marco Aurelio no es un texto fácil, por motivos ya indicados en esta introducción, y su intelección total requeriría la constante alusión a la terminología del original griego, así como profusión de notas. En ese aspecto el amplio comentario de Farquharson sigue siendo la obra de referencia ineludible.

C) *Biografías de Marco Aurelio*:

- A. BIRLEY, *Marcus Aurelius*, Londres, 1966.
- A. CRESSON, *Marc-Aurèle: sa vie, son oeuvre*, París, 1962.
- W. GOERLITZ, *Marc Aurel, Kaiser und Philosoph*, Stuttgart, 1954.
(Hay traducción francesa, París, 1962.)
- C. PARAIN, *Marc-Aurèle*, París, 1957.
- E. RIENAN, *Marc-Aurèle et la fin du monde antique*, París, 1882.
(Traducción española de A. Ulquiano, Buenos Aires, 1965.)
- J. ROMAÏNS, *Marco Aurelio o el emperador de buena voluntad*, Madrid, 1971. (Traducción de F. Ximénez de Sandoval. El original francés es de París, 1968.)

Entre estas biografías la famosa obra de E. Renan conserva aún cierto interés por su concepción histórica general, acompañada por la exposición en su brillante y apasionado estilo; si bien sólo algunos capítulos de su libro tratan propiamente de Marco Aurelio. La mejor desde el punto de vista historiográfico es la de A. Birley, admirable por su precisión crítica y detallada erudición, por ejemplo, en la abundancia de referencias prosopográficas. La más asequible al lector español es la de Jules Romain, publicada en la «Colección Austral». No es, sin embargo, a nuestro parecer, una de las mejores obras del tan conocido autor. Con un estilo similar, nos parece muy superior la obra de W. Görlitz, a pesar de su tendencia a relacionar, temerariamente, los textos de Marco Aurelio con ciertos momentos concretos de su vida.

D) *Obras de consulta*

A continuación indicamos algunas obras de consulta o de referencia oportuna para algunos aspectos literarios o filosóficos de la obra de Marco Aurelio en su contexto histórico:

- E. R. DODDS, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, Cambridge, 1965. (Traducción española de J. Valiente, Malla, Madrid, 1974, con el título *Paganos y cristianos en una época de angustia*.)
- E. ELORDUY, *El estoicismo*, 2 tomos, Madrid, 1972.
- A. LEVI, *Historia de la filosofía romana*, Buenos Aires, 1969. (El original italiano es de Florencia, 1949.)
- F. MARTINAZZOLI, *La «Succesio» di Marco Aurelio: struttura e spirito del primo libro dei «Pensieri»*, Bari, 1951.
- G. MISCH, *Geschichte der Autobiographie*, Leipzig, 1907. (Traducción inglesa, Cambridge, 1951, 2 tomos.)
- M. POHLENZ, *Die Stoa*, 2 vols., Gotinga, 1948-49. (Trad. italiana en dos vols. *La Stoa. Storia di un movimento spirituale*, Florencia, 1967.)

- G. PUENTE OJEA, *Ideología e historia. El fenómeno estoico en la sociedad antigua*, Madrid, 1974.
- B. P. REARDON, *Courants littéraires Grecs des II^e et III^e siècles après J. C.*, París, 1971.
- J. M. RIST, *Stoic Philosophy*, Cambridge, 1969.
- M. ROSTOVITZEF, *Historia social y económica del Imperio Romano*, tr. esp., Madrid, 1967.
- F. H. SANDBACH, *The Stoics*, Londres, 1975.
- A. J. VOELKE, *L'idée de volonté dans le stoïcisme*, París, 1973.

CARLOS GARCÍA GUAL

MEDITACIONES

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

El texto de Marco Aurelio presenta especiales dificultades debido a su escasa tradición manuscrita y a la problemática intelección de su terminología filosófica. En nuestra traducción hemos procurado seguir el texto establecido por A. I. Trannoy («Les Belles Lettres», París, 1964, 1.^a edición de 1925), que, en principio, es notablemente conservador. No obstante, hemos tenido en cuenta continuamente, y aceptado en determinados lugares, la lección propuesta por Farquharson (*The Meditations of the Emperor Marcus Antoninus*, 2 vols., Oxford, 1944). Por este motivo hemos considerado más oportuno no dar una lista inicial de variantes preferidas, sino indicarlas mediante nota a pie de página.

Con el fin de facilitar al lector la localización y consulta de los nombres propios, hemos confeccionado un índice de los mismos con las correspondencias oportunas cuando un mismo personaje se encuentra mencionado de modos diferentes o aparece en diversas ocasiones a lo largo de la obra. Son objeto de comentario en nota a pie de página, y no en el Índice general, donde sólo señalamos su localización, aquellos nombres propios que, a nuestro en-

tender, tienen cierto relieve en el contexto general de las *Meditaciones*.

Por estimar que puede ser útil al lector tener a mano una visión de conjunto del marco familiar de nuestro filósofo, incorporamos, siguiendo a Farquharson, *o. c.*, pág. 255, un cuadro genealógico, al final de la traducción.

Conviene también advertir que los pasajes atetizados en las ediciones de A. I. Trannoy y Farquharson como de autenticidad dudosa o interpolados son indicados en nuestra versión mediante corchetes. Las conjeturas adoptadas figuran entre paréntesis angulares con indicación expresa de su procedencia.

Finalmente, queremos señalar que, para no sobrecargar de notas la traducción, remitimos con frecuencia al lector al amplio y detallado comentario de Farquharson, citado anteriormente.

LIBRO I¹

1. De mi abuelo Vero²: el buen carácter y la serenidad.

2. De la reputación y memoria legadas por mi progenitor³: el carácter discreto y viril.

3. De mi madre⁴: el respeto a los dioses, la generosidad y la abstención no sólo de obrar mal, sino incluso de incurrir

¹ Conviene sobreentender en cada apartado del libro I algo así como «recuerdo» o «aprendí de». Al rememorar los rasgos más amables de aquellas personas que influyeron en la vida del autor, sus familiares y sus educadores, Marco Aurelio pone de manifiesto, mediante estas precisas y rápidas evocaciones, su afecto para con todos ellos, pagando así una cordial deuda de gratitud. Como G. Misch ha subrayado (y también luego F. Martinazzoli), este libro está compuesto con una notable originalidad, en cuanto a la reflexión autobiográfica, y con cierto afán por precisar la nota característica de cada uno de los personajes evocados.

² M. Anio Vero, abuelo paterno de Marco Aurelio. Desempeñó cargos políticos de singular importancia; fue prefecto de Roma y cónsul en dos ocasiones. Debido a la muerte prematura del padre de Marco Aurelio, éste fue adoptado y educado bajo la tutela de su abuelo y de su madre, Domicia Lucila.

³ Anio Vero, padre de Marco Aurelio, que murió prematuramente.

⁴ Domicia Lucila, hija de Celvisio Tulo; mujer muy culta, excelente helenista. Su norma de conducta influyó decisivamente en la formación

en semejante pensamiento; más todavía, la frugalidad en el régimen de vida y el alejamiento del modo de vivir propio de los ricos.

4. De mi bisabuelo⁵: el no haber frecuentado las escuelas públicas y haberme servido de buenos maestros en casa, y el haber comprendido que, para tales fines, es preciso gastar con largueza.

5. De mi preceptor: el no haber sido de la facción de los Verdes ni de los Azules⁶, ni partidario de los parmularios ni de los escutarios⁷; el soportar las fatigas y tener pocas necesidades; el trabajo con esfuerzo personal y la abstención de excesivas tareas, y la desfavorable acogida a la calumnia.

6. De Diogneto⁸: el evitar inútiles ocupaciones; y la desconfianza en lo que cuentan los que hacen prodigios y hechiceros acerca de encantamientos y conjuración de espíritus, y de otras prácticas semejantes; y el no dedicarme a la cría de codornices ni sentir pasión por esas cosas; el soportar la conversación franca y familiarizarme con la filosofía; y el haber escuchado primero a Baquio, luego a Tandasis y

de nuestro emperador filósofo. Amaba la vida austera y exenta de lujos, a pesar de su acomodada situación económica.

⁵ L. Catilio Severo, su bisabuelo materno. Ocupó también puestos de relieve en la política de la época: gobernador de Siria, dos veces cónsul, prefecto de Roma. Hombre de vasta cultura, relacionado con el círculo de Plinio. Aportó medios económicos para que el joven Marco Aurelio recibiera una educación completa en su domicilio particular.

⁶ Mediante estos colores se distinguían las facciones rivales en las competiciones circenses y de gladiadores.

⁷ Dos de las cuatro facciones de gladiadores que se diferenciaban entre sí por los diversos tipos de armamento que utilizaban en las competiciones.

⁸ Fue Diogneto, al parecer, pintor, filósofo y músico.

Marciano⁹; haber escrito diálogos en la niñez; y haber deseado el catre cubierto de piel de animal, y todas las demás prácticas vinculadas a la formación helénica.

7. De Rústico¹⁰: el haber concebido la idea de la necesidad de enderezar y cuidar mi carácter; el no haberme desviado a la emulación sofística, ni escribir tratados teóricos ni recitar discursillos de exhortación ni hacerme pasar por persona ascética o filántropo con vistosos alardes; y el haberme apartado de la retórica, de la poética y del refinamiento cortesano. Y el no pasear con la toga¹¹ por casa ni hacer otras cosas semejantes. También el escribir las cartas de modo sencillo, como aquella que escribió él mismo desde Sinuesa¹² a mi madre; el estar dispuesto a aceptar con indulgencia la llamada y la reconciliación con los que nos han ofendido y molestado, tan pronto como quieran retractarse; la lectura con precisión, sin contentarme con unas consideraciones globales, y el no dar mi asentimiento con prontitud a los charlatanes; el haber tomado contacto con los *Recuerdos* de Epicteto, de los que me entregó una copia suya.

⁹ Baquio y Tandasis son nombres poco conocidos. En cuanto a Marciano, algunos editores han sustituido este nombre por el del jurista L. Volusio.

¹⁰ Junio Rústico, filósofo estoico; fue, junto con Frontón, uno de los maestros más queridos por Marco Aurelio. Además de ser su asesor personal, le inició en el estudio de la filosofía estoica y le hizo aprender y estimar los *Recuerdos* de Epicteto.

¹¹ La toga era entre los romanos la prenda principal exterior que usaban en las ceremonias y sesiones de gala; el vestido propio de la vida ordinaria era la túnica.

¹² Ciudad de la Campania.

8. De Apolonio¹³: la libertad de criterio y la decisión firme sin vacilaciones ni recursos fortuitos; no dirigir la mirada a ninguna otra cosa más que a la razón, ni siquiera por poco tiempo; el ser siempre inalterable, en los agudos dolores, en la pérdida de un hijo, en las enfermedades prolongadas; el haber visto claramente en un modelo vivo que la misma persona puede ser muy rigurosa y al mismo tiempo desenfadada; el no mostrar un carácter irascible en las explicaciones; el haber visto a un hombre que claramente consideraba como la más ínfima de sus cualidades la experiencia y la diligencia en transmitir las explicaciones teóricas; el haber aprendido cómo hay que aceptar los aparentes favores de los amigos, sin dejarse sobornar por ellos ni rechazarlos sin tacto.

9. De Sexto¹⁴: la benevolencia, el ejemplo de una casa gobernada patriarcalmente, el proyecto de vivir conforme a la naturaleza; la dignidad sin afectación; el atender a los amigos con solicitud; la tolerancia con los ignorantes y con los que opinan sin reflexionar; la armonía con todos, de manera que su trato era más agradable que cualquier adulación, y le tenían en aquel preciso momento el máximo respeto; la capacidad de descubrir con método inductivo y ordenado los principios necesarios para la vida; el no haber dado nunca la impresión de cólera ni de ninguna otra pasión, antes bien, el ser el menos afectado por las pasiones y a la vez el que ama más entrañablemente a los hombres; el elogio, sin estridencias; el saber polifacécito, sin alardes.

¹³ Apolonio de Calcis, filósofo estoico. A instancias de Antonino acudió a Roma para instruir a Marco Aurelio.

¹⁴ Sexto de Queronea, filósofo estoico, sobrino del moralista y biógrafo Plutarco.

10. De Alejandro¹⁵ el gramático: la aversión a criticar; el no reprender con injurias a los que han proferido un barbarismo, solecismo o sonido mal pronunciado, sino proclamar con destreza el término preciso que debía ser pronunciado, en forma de respuesta, o de ratificación o de una consideración en común sobre el tema mismo, no sobre la expresión gramatical, o por medio de cualquier otra sugerencia ocasional y apropiada.

11. De Frontón¹⁶: el haberme detenido a pensar cómo es la envidia, la astucia y la hipocresía propia del tirano, y que, en general, los que entre nosotros son llamados «eupátridas», son, en cierto modo, incapaces de afecto.

12. De Alejandro el platónico¹⁷: el no decir a alguien muchas veces y sin necesidad o escribirle por carta: «Estoy ocupado», y no rechazar de este modo sistemáticamente las obligaciones que imponen las relaciones sociales, pretextando excesivas ocupaciones.

13. De Catulo¹⁸: el no dar poca importancia a la queja de un amigo, aunque casualmente fuera infundada, sino in-

¹⁵ Alejandro, maestro y preceptor de Marco Aurelio, fue uno de los más insignes gramáticos de su época. Autor de un comentario sobre los poemas homéricos. Aristides escribió el elogio fúnebre de este gramático.

¹⁶ M. Cornelio Frontón, distinguido orador que ejerció notable influencia en el desarrollo de la personalidad de Marco Aurelio. De la correspondencia mantenida entre ambos se concluye que les unía una sincera y profunda amistad.

¹⁷ No coinciden los comentaristas al señalar la identidad de Alejandro el platónico. Se trataría, según Farquharson, de un retórico que habría sido secretario griego de Marco Aurelio.

¹⁸ C. Catulo, filósofo estoico poco conocido. Tampoco poseemos datos relativos a la personalidad de Domicio. Atenódoto fue maestro de Frontón.

tentar consolidar la relación habitual; el elogio cordial a los maestros, como se recuerda que lo hacían Domicio y Atenódoto; el amor verdadero por los hijos.

14. De «mi hermano»¹⁹ Severo²⁰: el amor a la familia, a la verdad y la justicia; el haber conocido, gracias a él, a Traseas, Helvidio, Catón, Dión, Bruto; el haber concebido la idea de una constitución basada en la igualdad ante la ley, regida por la equidad y la libertad de expresión igual para todos, y de una realeza que honra y respeta, por encima de todo, la libertad de sus súbditos. De él también: la uniformidad y constante aplicación al servicio de la filosofía; la beneficencia y generosidad constante; el optimismo y la confianza en la amistad de los amigos; ningún disimulo para con los que merecían su censura; el no requerir que sus amigos conjeturaran qué quería o qué no quería, pues estaba claro.

15. De Máximo²¹: el dominio de sí mismo y no dejarse arrastrar por nada; el buen ánimo en todas las circunstancias y especialmente en las enfermedades; la moderación de carácter, dulce y a la vez grave; la ejecución sin refunfuñar de las tareas propuestas; la confianza de todos en él, porque sus palabras respondían a sus pensamientos y en sus actuaciones procedía sin mala fe; el no sorprenderse ni arredrarse; en nin-

¹⁹ «mi hermano», lo excluyen Mosheini y Schultz. De igual modo procede Farquharson en su edición crítica. A. I. Trannoy indica que es sospechoso.

²⁰ Claudio Severo, filósofo peripatético. Su hijo se casó con Fadila, segunda hija del emperador Marco Aurelio. Traseas, Helvidio, Catón, Dión y Bruto son filósofos estoicos.

²¹ Claudio Máximo, filósofo estoico y maestro de Marco Aurelio. Nombrado cónsul por Marco Aurelio, ocupó más tarde los cargos de legado en Panonia y procónsul en África. A él se alude de nuevo en I 17 junto con Rústico y Apolonio.